

## "Por favor, quédate"

Por ANDREW MCCHESENEY

A las ocho de la TARDE, un matrimonio de ancianos llamó a la puerta del párroco junto a la iglesia adventista del Séptimo Día de Savoonga, Alaska. No era tarde. El sol de verano brillaba en el cielo. No se pondría hasta las dos y media DE LA MADRUGADA. Los yupik siberianos que viven en la isla de San Lorenzo, situada a sólo 36 millas al este de Rusia, en el mar de Bering, no se acostarían hasta pasadas unas horas. Eugene y Marie, que rondaban los 80 años, no esperaron a que nadie abriera la puerta. Nadie espera a que le abran la puerta en este remoto pueblo de 835 habitantes. Todo el mundo llama y entra. La pareja quería hablar con el visitante que se alojaba en la casa parroquial. Estaba de visita en la isla para recoger historias para Misión Adventista.

Marie habló directamente. "¿Es usted pastor?", me preguntó.

Sus ojos se llenaron de emoción cuando negué con la cabeza. "Por favor, quédate", dijo en voz baja. "Necesitamos a alguien que mantenga la iglesia abierta y que nos enseñe".

La iglesia había cerrado varias veces desde que se construyó, junto con la casa parroquial, en 1972. Los pastores habían predicado y vivido allí durante un tiempo, pero luego la presencia adventista se redujo a poco o nada durante dos décadas, la iglesia había reabierto cuando dos enfermeros jubilados de Carolina del Norte, Bill y Elouise, llegaron como obreros bíblicos con el programa de extensión a los nativos de Alaska Arctic Mission Adventure de la Conferencia de Alaska. Bill murió en 2016, y Elouise se quedó. Pero poco antes de mi visita, Elouise se marchó por motivos de salud. Marie echaba mucho de menos a Elouise y describió cómo invitaba a los aldeanos a comer a su casa y preparaba paquetes de comida. "La necesitamos", dijo.

No conocía a Elouise. Se mostró entusiasta y servicial cuando intercambiamos correos electrónicos para mi viaje. Mi respeto creció cuando supe de su amor por los aldeanos.

Al terminar nuestra conversación a las 9 DE la noche, Marie me miró de nuevo. "Por favor", me dijo. "Quédate. Necesitamos que alguien nos enseñe sobre Dios".

Con su mirada suplicante, percibí la compasión que Jesús debió de sentir durante su ministerio terrenal. "Al ver las multitudes, sintió compasión de ellas, porque estaban cansadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor" (Mateo 9:36). No quería irme. Me dolía el corazón por las preciosas gentes de Savoonga y de las otras más de 200 comunidades nativas de Alaska.



Sólo 11 de esas comunidades tienen presencia adventista. Cuando a Jesús le dolía el corazón, "dijo a sus discípulos: 'La mies a la verdad es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies'" (Mt. 9: 37, 38).